

Comando Espacial

Iván Bolaños Gamero

Ilustraciones: Christian Vargas

loqueleg

*A mi hermano Luis José,
a quien tanto quiero y admiro.*

Capítulo 1

7

—A mi bisabuelo le dio mucha pena cuando Plutón fue clasificado como planeta enano y el sistema solar pasó a tener solo ocho cuerpos celestes principales —dijo Marina, recordando la reciente tarea de Astronomía.

—Yo creo que estuvo bien —intervino su amiga—. Si no tenía el tamaño suficiente...

—No es tan simple, Kiara. La gente se había acostumbrado a nombrarlo al final del grupo. Escucha: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. ¿Ves?, si no terminas con Plutón, parece que la lista estuviera incompleta.

—Tal vez tengas razón, pero eso ocurrió hace más de un siglo. ¿Por qué te preocupa tanto?

—Yo solo decía que a mi bisabuelo le dio mucha pena. ¡Bueno, ya está! Me saqué una excelente nota en ese trabajo —dijo Marina y procedió a acomodarse el enorme par de anteojos.

—¿Te llegó el mensaje de Alonso? —Kiara cambió el tema de conversación por otro que le parecía mucho más importante. Las pecas sobre su nariz y aquel hermoso cabello color castaño la hacían verse bonita y algo pícara.

—Sí, aunque me pareció raro que estuviera encriptado. ¿Qué puede requerir tanto secreto? ¡A veces los chicos se dan demasiada importancia!

8 —¿Conocer la Estrella Solitaria no te parece suficiente motivo? Nadie puede hacerlo sin la autorización del Comando Espacial.

—Querrás decir verla de lejos —aclaró Marina—, porque de ahí a acercarnos hay mucho trecho, y más si de llegar a ver el interior se trata. Esa nave está protegida con los más sofisticados sistemas de seguridad.

—De cualquier manera, yo estoy lista para sacarme muchas fotos. Seré la envidia de todo el salón.

* * *

—No sé si deberíamos estar aquí —comentó Rogelio sin dejar de observar a la derecha e izquierda dos veces, como solía hacer cada vez que estaba preocupado por algo.

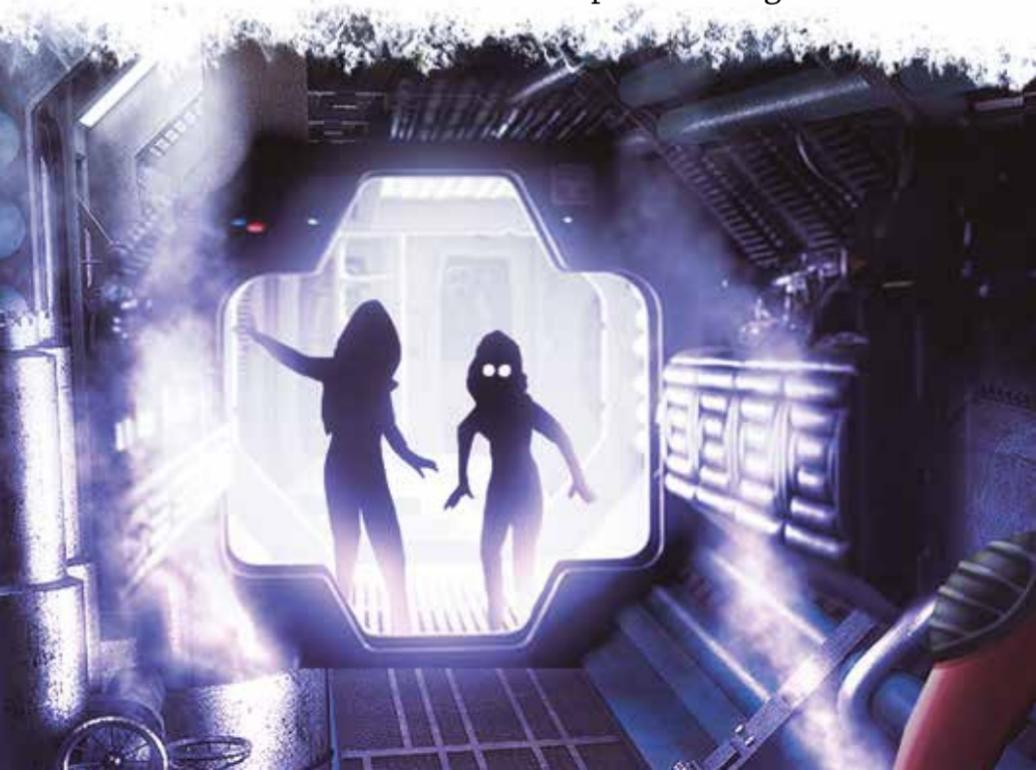


—No hagas tanto ruido... ya están por llegar —respondió Alonso, un muchacho de contextura delgada y atlética, con abundante cabello negro.

—¿Quiénes?

—Marina y Kiara. Las cité exactamente a las 1800 horas —precisó Alonso, que solía emplear formas militares cuando se refería a cosas que consideraba muy serias. Como hijo del famoso explorador del espacio, el capitán Luigi, había crecido escuchando estos términos.

Rogelio consultó su reloj, una pieza muy antigua, con manecillas y correa de cuero, que había heredado de su abuelo. Eran las 5:56 p. m. Su amigo lo miró



con expresión seria. Aguardaron en silencio, y, luego de un par de minutos, un mensaje apareció en el visor de Alonso. Se trataba de Kiara: «Estamos en el hangar, puerta siete».

—Puedo verlas. Han llegado por el túnel opuesto. Ahora tendremos que distraer a los centinelas para que no las descubran.

—¡De eso me encargo yo! —dijo el rollizo Rogelio, que pareció recobrar la seguridad en sí mismo.

11

Alonso sospechó que ese cambio también tendría que ver con la llegada de sus invitadas. Preocupado por su apariencia, su amigo incluso procedió a alisar su rubia cabellera.



Capítulo 2

La magnífica nave descansaba en el reluciente y amplio hangar. Sus enormes y brillantes toberas de propulsión tenían una altura de más de seis metros. Su armazón, fabricada con la aleación más dura conocida por el hombre, mantenía seguros en su interior a tripulantes y pasajeros, los que podían sumar hasta cincuenta. Estaba permanentemente custodiada por eficientes y muy avanzados robots centinela.

13

Para cualquiera hubiera sido imposible acercarse, pero no para Rogelio, que desde muy pequeño había demostrado claramente dos cosas: una asombrosa habilidad a la hora de manipular aparatos electrónicos y un inagotable apetito. En pocos minutos logró vulnerar los sistemas de seguridad del puerto espacial y dejar dormidos a los centinelas.

—¿Cómo lo logras, amigo? No tengo idea —pareció felicitarlo Alonso. Luego levantó los brazos para indicar a las chicas que ya podían acercarse.

Una vez reunidos, los amigos repasaron el plan. Todos escucharon atentamente a Alonso, todos menos Marina, que parecía estar concentrada en consultar una serie de manuales técnicos en su pantalla portátil. Esperaba descubrir el secreto de la proeza de Rogelio. Luego de unos momentos pareció rendirse.

14 —No puedo, necesito más tiempo. Pero les aseguro que, la próxima vez que robemos una nave, estaré lista para vencer los sistemas de seguridad.

—¿Habrá una siguiente vez? —preguntó Rogelio—. Un momento. ¿Acaso estamos robando la Estrella Solitaria?

—Rog —así Alonso solía llamar a su amigo—, no estamos robando nada. Solo vamos a conocer el puente. ¿No fuiste tú el que me dijo que daría miles de litros de helado de chocolate a cambio de sentarte un momento en la silla del capitán de la nave más rápida de la flota?

—Sí, fui yo, pero...

—¡Pero nada! —intervino Kiara, quien hasta el momento solo se había preocupado por verse bonita. Calzaba un brillante par de botas nuevas y había tomado prestada la chaqueta espacial de su madre. Le quedaba un poco grande, es cierto, pero le otorgaba un aspecto muy elegante—. Es momento de seguir adelante. ¡Quiero una foto en esa famosa silla!